

Antiguo Orden en Italia"; por otra, está dispuesto a aceptar la siguiente justificación de parte del socialista Nitti, en cuanto al abandono de la acción directa: "Habría significado arriesgarse a un conflicto con las fuerzas aliadas de ocupación que sólo podía concluir de manera desafortunada". Llega incluso a reconocer que "el dilema no tiene salida, porque los aliados no permitirían un triunfo de la izquierda" (p. 439), pero sin permitir que ello afecte en forma alguna su condena general de la política comunista.

Todo el análisis de la izquierda que hace Kolko resulta deteriorado por una falta de conocimiento de la política de la clase obrera europea y por un ingenuo optimismo revolucionario retrospectivo. Este defecto refleja la debilidad, el aislamiento y la simpleza política que caracterizan a buena parte de la nueva izquierda de los Estados Unidos. No obstante, el libro posee muchas virtudes innegables y resulta indispensable para la comprensión del desarrollo de las relaciones internacionales desde la segunda guerra mundial.

DICK PARKER

INDIANS IN MALAYSIA AND SINGAPORE, Sinnappah Arasaratnam, *Kuala Lumpur: Oxford University Press (Publicado para el Institute of Race Relations, London), 1970, 214 pp.*

La inmigración laboral de un continente a otro, sin tomar en cuenta la de un país a otro dentro de una misma región, es uno de los aspectos de las relaciones internacionales que, contrariamente a lo que sucede en el comercio y el intercambio, hace mucho tiempo viene eludiendo la medición cuantitativa e incluso la formulación analítica precisa. Los judíos de Europa y los emigrantes chinos a través del mundo caen dentro la categoría de capitanes de empresa parias, expresión usada y definida, por primera vez, por Max Weber. La venta de esclavos de Africa, que duró varios siglos, introdujo, especialmente, en Gran Bretaña y los Estados Unidos, un número reducido pero significativo de gente negra. Tal fue la consternación que produjo la presencia de negros en Londres, en los siglos xv y xvi, que la reina Isabel I se vio obligada a pronunciarse en el sentido de que si el flujo de esclavos continuaba sin control, la civilización blanca de la isla sería,

finalmente, sofocada por sus fe-
cundos esclavos, pronunciamiento
que se asemeja mucho al material
publicado en los periódicos y a los
temas de lugar común en los cer-
támenes políticos de la Inglaterra
contemporánea.

El colonialismo británico intro-
dujo en la escena internacional la
práctica de inyectar fuerza laboral
barata de la altamente populosa
India en las colonias menos des-
arrolladas y más recientes con el
propósito de desarrollar las plan-
taciones, las minas y la industria.
De ahí que un número considera-
ble de indios fueron alentados, y
con frecuencia engañados, con el
cuerno de la abundancia allende
los mares: las posesiones británi-
cas en el Caribe, la que hoy en
día es Guayana, las islas Fiji, Bir-
mania, Malaya, Singapur, Mauri-
cio, Kenya, Tanganyika, Zanzi-
bar, Uganda, Ceilán, Africa del
Sur y varias otras regiones del mun-
do. En el mundo de postguerra, la
fuerza de trabajo india, barata y
sin calificación, fue deliberadamen-
te acicateada, por el gobierno y la
industria británicos, para emigrar
a Gran Bretaña, con el resultado
de que hoy en día, un número con-
siderable de paquistaníes e indios
(conjuntamente con negros de las
Indias occidentales) constituyen
una minoría despreciada, sin po-

der de acción y que debe, por con-
siguiente, llevar el peso del naci-
ente racismo de la política de Gran
Bretaña. Pequeños grupos de in-
dios, durante el período de postdi-
visión del subcontinente, volunta-
riamente emigraron a diferentes
partes del mundo con la esperanza
de reconstruir sus destruidas for-
tunas y comenzaron de nuevo des-
pués de los desastres ocasionados
por dicha división. En América del
Sur se encuentran algunos de es-
tos grupos: en el Brasil y en Punta
Arenas, Chile, donde ahora viven
10 grupos familiares de pequeños
comerciantes de Sind. Pero el prin-
cipal interés —sociológico, políti-
co y académico— radica en los
grandes grupos de indios despa-
rramados a través del mundo que
forman comunidades culturales
distintas en sociedades más o me-
nos homogéneas.

A medida que ingresamos en
la década del 70, es claro, pues, que
las minorías indias en las nuevas
naciones del mundo se hallan
frente a grandes problemas de
asimilación, e incluso de super-
vivencia. A partir de 1968, los
gobiernos de Kenya y Uganda,
por ejemplo, han venido presio-
nando, cada vez más, a los asiáti-
cos que no poseen la ciudada-
nía de aquellos países para que
los abandonen y den lugar al co-

mercio e intercambio africanos. Estos asiáticos, que han vivido allí durante varias generaciones, fueron tentados por el poder colonial con la ciudadanía británica, que ellos aceptaron más que gustosos, en lugar de tomar la nacionalidad del nuevo país, que, en efecto, les había sido ofrecida en la época de la independencia. La respuesta británica —o mejor dicho la respuesta del gobierno laborista de 1968— fue poner en efecto una ley, por cierto rápidamente redactada, que negaba a estos ciudadanos británicos de origen asiático los derechos que ellos habían sido inducidos a creer que el pasaporte que poseían ya les concedía. De ahí que, en una atmósfera de crecientes diferencias raciales, Gran Bretaña tiene ahora dos tipos de ciudadanos: aquellos que poseen los gloriosos derechos inherentes a la ciudadanía británica y los otros a los que se les niega precisamente esos mismos privilegios por decreto parlamentario.

En otras regiones del mundo, los problemas que enfrentan los indios no son menos urgentes, aunque de índole diferente. La posición de los indios en las islas del Caribe ha sido captada, en forma imaginativa y de acuerdo a la realidad, por Naipaul en

sus novelas. La comunidad india de Guyana, una de las mejor adaptadas y numéricamente una de las más fuertes entre las comunidades indias de ultramar, se ha convertido en chivo expiatorio político en la medida en que los Estados Unidos ha tratado de conservar el hemisferio libre de fuerzas radicales y populares. Incluso en Fiji, la única colonia en que hay una gran preponderancia india, la posición de los indios es inherentemente vulnerable. Por lo tanto, uno de los legados del gobierno colonial británico, casi en todas las regiones donde estuvo presente (excepto en Africa Occidental y el Medio Oriente), es el problema de los indios que permanecen en dichas regiones libradas a la lucha por la supervivencia en las nuevas e independientes naciones, donde se convierten en blancos indefensos de las élites políticas nacionales.

Para mejor comprender la posición de los indios en el imperio británico y en los Estados que le sucedieron, debemos considerar el hecho de que sólo los indios, entre las muchas nacionalidades del vasto imperio, ofrecieron prontamente sus leales servicios al poder imperial creando el ambiente necesario para la explotación de los menos afortunados de su

propia comunidad. En ningún otro lugar fue aceptado el gobierno imperial en forma casi inmediata y por tan largo tiempo, como lo fue en India. Cuanto más elevada la posición en la jerarquía social, en la India del siglo XVIII, mayor era la veneración por las instituciones, valores e ideas del Raj. En realidad, entre los brahmins educados a la manera inglesa, muchos de ellos creían que los colonialistas eran "brahmins blancos". En contraposición, el Raj creó su propia corte de Sahibs Marroñes. Por lo tanto, no nos sorprende que ellos se hubiesen lanzado rápidamente a desempeñar el papel, indeseable pero provechoso, de portadores de la tradición imperial británica, útiles sirvientes del imperio, que se encontraban en una posición de autoridad frente a la población nativa en virtud del papel que desempeñaban. De ahí que el indio *babu*, conocido por su maestría en el infinitamente complejo y sutil arte de acosar al público en general al que, en primer lugar, se suponía estar sirviendo, no sólo resultó ser la plaga en India, sino que fue "exportado" libremente a las regiones "menos desarrolladas" del imperio. En otras palabras, en la mayoría de las regiones del globo bajo el imperio británico (predominante-

mente en Africa oriental y Asia suroriental), los indios instruidos llegaron a ocupar posiciones de cierta importancia en la maquinaria gubernamental, y crearon la impresión de que en la jerarquía prevalente el nativo se encontraba en el nivel inferior, el indio, en el medio, y el británico, en la cumbre.

Estos no eran los únicos indios. En realidad, si esto fuese así, los problemas del nacionalismo postcolonial serían simples. La mayoría de los indios constituía el ejército anónimo de trabajadores, gente campesina sin educación en busca de una suerte modesta y seguridad mínima. Cuando se les obligaba por primera vez a trabajar (ya que ésta era la práctica, pese a las descripciones ponderadas, tan abundantes en la literatura, acerca del carácter voluntario del trabajo), no se encontraban en una situación mucho mejor que la de simples esclavos. Físicamente se hallaban atados al patrón que no consideraba tener responsabilidad alguna respecto de su bienestar; y eran congregados para su exportación por serviles e inescrupulosos indios, quienes no eran mejores que los árabes que ciñeron las cadenas de la esclavitud alrededor de las ignorantes muñecas de los hombres libres de Africa. Una vez que estos traba-

no, estaban a completa merced del dueño de plantaciones o explotaciones mineras, cuyo único interés en ellos era económico y no humano. Estos trabajadores sin educación no tenían quién luchase por ellos, mucho menos sus propios compatriotas, quienes, con un ligero barniz de educación, se encontraban desempeñando trabajos humildes en oficinas, pero ocupaban cómodas posiciones en la superestructura burocrático-política colonial. De ahí que en Malaya y Singapur, existan desde hace mucho tiempo dos comunidades indias: una de ellas educada, occidentalizada y comparativamente opulenta; y la otra, empobrecida, en situación de salud y nutrición precarias, con un trabajo excesivo y explotada por sus propietarios con impunidad; estas dos comunidades se hallan completamente aisladas la una de la otra.

Arasaratnam enfoca su atención en su estudio de los indios en Malaya y Singapur desde una perspectiva histórica. El es un académico tamil con cierta inclinación histórica que se ha desempeñado durante cierto tiempo como académico en Malaysia. Merece ser felicitado por el esfuerzo desplegado, el cual, pese a ser algo estrecho, tiene la virtud de

tener profundidad. Tal vez habría que añadir que debería haberse prestado cierta atención a la tarea de localizar la cuestión india de Malaysia y Singapur dentro de la perspectiva de los problemas aún mayores de las comunidades inmigrantes indias, si no de las comunidades inmigrantes en general, a través del mundo. Hay cierta inhibición sociológica en el autor que resulta desafortunada en este trabajo cuya competencia es indudable, por otra parte.

Habiendo señalado las limitaciones de su trabajo, me gustaría mencionar sus méritos, que son importantes. Indica en forma clara y convincente cómo, cuándo y bajo qué circunstancias los intereses de la vasta mayoría de los indios sin educación, ni importancia política, coincidieron con las aspiraciones de unos cuantos situados a nivel superior, opulentos y políticamente ambiciosos del servicio civil de la India, en el comercio y en las profesiones. Considera la Segunda Guerra Mundial como la línea divisora, a este respecto. Antes de ella, los indios opulentos se hallaban satisfechos de imitar las modalidades británicas y pretendían no haber tenido nada que ver con India; se hallaban envueltos en un proceso de autonegación y desenrai-

zamiento conscientes. Durante la segunda guerra, con los japoneses casi a la puerta, destruido el mito de la invencibilidad y la indestructibilidad del poder colonial y con la condición casi miserable a la que habían llegado los más afortunados de los indios, los que pudieron, huyeron hacia la India: los ricos y los pobres, los desgraciados y los crónicamente indios. Ya en India fueron contaminados por la lucha nacional de la independencia, bajo el liderazgo de Ghandi, y con ello rescataron algo de su cultura casi perdida. Aquellos que permanecieron en Malaya y Singapur fueron fuertemente impresionados por el impacto de Subah Chandra y el Ejército Nacional de la India. Por consiguiente, después de la guerra, hubo indios que regresaron a Malaya y Singapur con un sentido algo mayor de nacionalidad y algo más nacionalistas. El resto de la historia hasta la obtención de la independencia es más bien simple. Los indios aunaron sus esfuerzos con los malayos y chinos para crear un nuevo Estado-nación. Las condiciones de los trabajadores indios fueron en cierta manera mejoradas gracias al desarrollo de los sindicatos, pero, en general, la suerte de la comunidad india continuó de-

pendiendo de la condición precaria del precio mundial del caucho natural y del estaño. Por otro lado, el hecho de que los malayos consideraban a los chinos, y no a los indios, como la principal amenaza a la identidad malaya y a su desarrollo como nación, resultó ser positivo para la condición de estos últimos.

Sin embargo, en su forma de tratar la cuestión de los indios, el autor ha evitado cuidadosamente que el aspecto político obstruya el histórico, que los factores sociológicos y económicos desempeñen su papel en la explicación analítica de la posición de los indios. Esto resulta decepcionante por dos razones: primero, el problema que el autor trata de estudiar es precisamente el meollo de la política, y por consiguiente, no puede ser considerado en ninguna otra forma que no sea política, es decir, con antecedentes políticos, con sentido político y con resultados políticos; segundo, al encerrarse en una torre de marfil, y con una desmesurada castidad, el autor no ha conferido el valor correspondiente a la exacta información y datos históricos, pacientemente compilados, relacionados con su investigación. Quizá ésta sea una indicación de la nece-

sidad que existe de otro trabajo políticos, económicos y sociológicos en el desarrollo de la comunidad india dentro del marco de las identidades de Malaya y Singapur.

T. V. SATHYAMURTHY